CHILE EN LAS CAMPAÑAS MILITARES DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ (1820-1824)

Roberto Arancibia Clavel
General de División del ECH (R)
Doctor en Historia por la Universidad Católica de Chile
República de Chile

Resumen

Se analiza la participación de Chile en las campañas por la independencia del Perú, centrándose en la notable disminución de su involucramiento en 1824 en comparación con años anteriores. A pesar del esfuerzo significativo y del compromiso del Estado chileno en la organización y provisión de recursos en las etapas iniciales del conflicto, la contribución chilena en 1824 fue restringida, lo que sugiere un cambio en la dinámica de la guerra. Este aporte, se sitúa en el contexto del bicentenario de las batallas de Junín y Ayacucho, eventos claves en el proceso de independencia peruano. Aunque las fuerzas chilenas desempeñaron un papel importante en las fases iniciales, sus participaciones en estas campañas finales fueron considerablemente menores. Esta reducción puede atribuirse a factores como el cambio en las prioridades militares y políticas en Chile, así como el desarrollo de una mayor autonomía por parte de los movimientos independentistas peruanos. El análisis subraya el legado de Chile en la lucha por la independencia, destacando cómo su apoyo inicial contribuyó a establecer las bases para la victoria final en Perú. Además, se considera el contexto histórico que llevó a una menor participación chilena en momentos decisivos, lo que invita a una reflexión sobre las interacciones entre las naciones sudamericanas en su búsqueda de libertad.

Palabras clave: Independencia – Chile – Perú – Junín – Ayacucho - Dinámica de la guerra.

Abstract

Chile's participation in the campaigns for Peruvian independence is analyzed, focusing on the notable decrease in its involvement in 1824 compared to previous years. Despite the significant effort and commitment of the Chilean State in organizing and providing resources in the initial stages of the conflict, the Chilean contribution in 1824 was restricted, suggesting a change in the dynamics of the war. This contribution is situated in the context of the bicentennial of the battles of Junín and Ayacucho, key events in the Peruvian independence process. Although Chilean forces played an important role in the initial phases, their participation in these final campaigns was considerably smaller. This reduction can be attributed to factors such as the change in military and political priorities in Chile, as well as the development of greater autonomy by the Peruvian independence movements. The analysis highlights Chile's legacy in the struggle for independence, highlighting how its initial support contributed to establishing the foundations for the final victory in Peru. Furthermore, the historical context that led to less Chilean participation in decisive moments is considered, which invites reflection on the interactions between South American nations in their search for freedom.

Keywords: Independence – Chile – Peru – Junín – Ayacucho - Dynamics of the war.

Introducción

Apenas iniciada la recuperación de la independencia en 1817, Bernardo O'Higgins, elegido como Director Supremo de Chile, dedicó todos sus esfuerzos a pacificar el país, organizando un ejército y una marina que pudieran enfrentar los grandes desafíos que se presentaban. En primer lugar, se propuso terminar con los focos realistas en su territorio, luego hacer frente a una expedición enviada desde Lima que pretendía recuperar lo perdido en la batalla de Chacabuco y, finalmente, organizar una expedición libertadora al Perú. (Vicuña, 1860)

La primera tarea fue muy difícil, ya que duró hasta 1826, cuando se logró la conquista de Chiloé, todavía en manos de los realistas. La segunda tarea fue exitosa, ya que una fuerza conjunta con las Provincias Unidas de la Plata logró derrotar una importante expedición española en la batalla de Maipú en 1818, consolidándose así la añorada independencia. Esta se mantendría si se podía derrotar definitivamente a los realistas que sostenían un férreo control del territorio del Virreinato del Perú, a pesar de todos los esfuerzos que se habían hecho para derrotarlos en el frente del Alto Perú. (Barros, 1857)

Para lo anterior, la necesidad de organizar una Expedición Libertadora al Perú se transformó en una prioridad. A pesar de la difícil situación económica que vivía el país, el gobierno de O'Higgins se entregó con entusiasmo y pasión a la tarea, enfrentando duras críticas desde el frente interno. (Mitre, 1937)

Las acciones chilenas sobre el Perú se iniciaron en 1819 y tuvieron como protagonista a la escuadra chilena comandada por Thomas Cochrane. Se bloqueó el Callao y se realizaron sucesivas incursiones a las costas peruanas sin mayor éxito, salvo el de motivar a los patriotas en diferentes localidades, junto con activar partidas de guerrillas. En mayo, el general José de San Martín fue nombrado general en jefe del Ejército Libertador del Perú por O'Higgins. El Senado chileno dictó entonces instrucciones, recalcando que no se trataba de un ejército invasor, sino libertador; es decir, que, una vez terminada la tarea, el Perú quedaría a cargo de sus propias autoridades. (Mitre, 1937)

La Expedición Libertadora (1820)

La Expedición, después de una ardua preparación, zarpó el 20 de agosto de 1820 y desembarcó en Paracas la primera semana de septiembre. El parte de fuerza de la expedición es una muestra evidente del esfuerzo realizado tanto en cuanto a los

efectivos navales como a los del ejército. Se trataba de más de cuatro mil hombres, de los cuales 1.919 eran chilenos. Estos serían los que combatirían en las diferentes campañas, más otras fuerzas que se irían agregando. Las fuerzas chilenas que integraron la expedición incluían una compañía de artillería (390 hombres), los batallones N.º 2, N.º 4, N.º 5 y N.º 6 de infantería (con 630, 679, 344 y 58 hombres, respectivamente), un escuadrón de caballería Dragones (30 hombres) y una compañía de artesanos (53 hombres) (Bulnes, 1887). Las fuerzas navales estaban compuestas por siete buques de guerra con 231 cañones, dieciocho de transporte y once lanchas cañoneras. Las tripulaciones sumaban 1.928 hombres. (Bulnes, 1887)

Las fuerzas del Ejército Libertador desembarcaron en Paracas los primeros días de septiembre de 1820. Las tropas chilenas participaron en las primeras expediciones que se realizaron hacia la sierra bajo el mando del general Juan Álvarez de Arenales. La división estaba compuesta por 1,138 efectivos, distribuidos en los batallones de infantería N.º 2 de Chile (630 hombres)[1] y N.º 11 de los Andes, parte de los escuadrones de Granaderos y de Cazadores, más dos piezas de artillería. A principios de octubre se dio comienzo a la marcha hacia el sureste, atravesando un desierto árido, lo que puso a prueba las capacidades de su tropa. Desde el inicio, esta fuerza recibió desertores realistas que pedían ser aceptados en el Ejército Libertador, aportando no solo información, sino también contribuyendo al ánimo de los patriotas. Hubo enfrentamientos en Palpa, Nazca y Acarí. La expedición continuó hacia el interior, sosteniendo combates de diversa intensidad en Huamanga, Huanta, Mayoc, Jauja y Tarma. Su avance culminó con una importante victoria en el combate de Cerro Pasco en diciembre del mismo año. En un exitoso ataque, los batallones N.º 2 de Chile y N.º 11 de los Andes lograron vencer la resistencia adversaria, mientras que la caballería capturaba a los fugitivos dispersos, con el resultado de 78 muertos y 343 prisioneros, entre los que destacaba el teniente coronel Andrés de Santa Cruz, quien más tarde se incorporaría al Ejército Libertador. (Dellepiane, 1977)

1 Al mando del coronel José Santiago Aldunate. Hizo la Campaña de la Sierra del Perú bajo las órdenes del general Juan Antonio Álvarez de Arenales. Se destacó durante la ocupación de Ica, Huamanga y Tacna. El 6 de diciembre de 1820 obtuvo la Medalla de Oro por su actuar en Cerro Pasco. Cuando el ejército ocupó Lima fue condecorado con el Escudo de los Libertadores y nombrado fundador y consejero de la masónica Orden del Sol. El 7 de abril de 1821 fue hecho prisionero en Macacona, donde permaneció por seis meses hasta que fue canjeado por el general español Pedro José de Zavala y Bravo del Ribero, Marqués del Valleumbroso. En Fernando Castillo Infante, Lía Cortés y Jordi Fuentes. Diccionario Histórico y Biográfico de Chile. Santiago de Chile: Zig-Zag,1996, p. 22.

Desarrollo de las campañas (1821)

En 1821, ante los movimientos patriotas por la costa y la sierra, el virrey Joaquín de la Pezuela adoptó medidas defensivas y se vio obligado a renunciar, siendo reemplazado por José de la Serna. San Martín resolvió apremiar al enemigo en el sur y en la sierra. El comandante Guillermo Miller realizó incursiones sobre los realistas en Pisco, Arica y Moquegua, y se inició una segunda expedición de los patriotas a la sierra.

Las incursiones de Cochrane y Miller provocaron gran inquietud en el sur. El primero pidió más fuerzas a Chile augurando la toma de control de todo el sur del Perú, lo que no le fue concedido. Entre los chilenos destacados en esta campaña se encontraban los capitanes Francisco de Paula Latapiat y Nicolás Maruri. Ambos alcanzarían más tarde el grado de coronel. (Barros D., 2005)

Una fuerte epidemia afectó al Ejército Libertador. Este sufrió más de 1.000 bajas por enfermedades especialmente el paludismo.

> Los soldados se sentían quebrantados por un cansancio general que no les permitía hacer marchas ni manejar las arma. Sus rostros lívidos, sus ojos hundidos y rodeados de sombrías ojeras, y una rápida flacura, le daban un aspecto cadavérico. Violentos escalofríos alternados con una fuerte sensación de calor, una abrumadora pesadez de cabeza, sed intensa, sabor metálico en la boca, moscas volantes delante de los ojos, perturbaciones en la digestión y diarreas abundantes y persistentes, los postraban dolorosamente. Los soldados chilenos, fuertes y vigorosos para soportar las más penosas fatigas y las más duras privaciones, no podían sustraerse a los efectos de estas influencias climatológicas (Barros D., 2005, pág. 150)

San Martín dispuso la organización de una división de 2.100 hombres que debería emprender una nueva campaña hacia la Sierra, nuevamente bajo el mando del general Arenales. Con la misión de reavivar el espíritu de independencia en las comarcas, accedió a la sierra por Cerro de Pasco para luego llegar a la costa por Ica. Esta fuerza estaba conformada por los batallones de infantería N.º 5 de Chile (344 hombres)[2], N.º 7 de los Andes, el Numancia, el Regimiento de Granaderos y

2 Esta unidad aparece en las memorias de Arenales como Cazadores del Ejército, al mando del teniente coronel José María Aguilar de Buenos Aires. Esto demuestra como los efectivos del batallón infantería N.º 5 de Chile quedaron bajo el mando de otro comandante. Es conveniente indicar que el comandante chileno había sido objetado en la campaña anterior por su actitud poco decidida a la causa patriota.

cuatro piezas de artillería. El armisticio de Punchauca detuvo las acciones, las que se reanudaron en junio. Un completo relato de esta segunda campaña fue escrito por el hijo del general Álvarez de Arenales titulado: "Memoria histórica sobre las operaciones e incidencias de la división libertadora. A las órdenes del general don Juan Antonio Álvarez de Arenales. En su segunda campaña a la Sierra del Perú en 1821"[3].

A la fecha de término del armisticio, el Ejército Libertador se encontraba dividido en tres divisiones que cumplían roles diversos. Una primera división, al mando del general Arenales, operaba en la sierra y ocupaba exitosamente el valle de Jauja. Una segunda división, al mando del general San Martín, se encontraba embarcada desde fines de abril, participando tanto del bloqueo del Callao como de las operaciones del comandante Miller en el sur. La tercera división, al mando del coronel José Manuel Borgoño[4] (chileno), concentraba en la zona general de Supe al grueso de la caballería, el hospital y la maestranza. Esta unidad también mantenía desplegada una fuerza de caballería en Huacho. El general Guillermo Miller opinaba sobre los soldados sudamericanos:

> Los naturales de la América del Sur se hacen excelentes soldados: son bizarros naturalmente, dóciles, prontos para aprender sus obligaciones, ligeros en sus movimientos, sobrios, robustos y alegres, y subordinados en medio de las fatigas y privaciones, pero los chilenos son quizás los únicos que tienen igual disposición para ser buenos soldados de caballería, de infantería o marineros. (2021)

El 6 de julio, el virrey La Serna abandonó Lima con su ejército y se dirigió hacia la sierra, buscando mejores condiciones para una resistencia militar. Dejó atrás a la guarnición de El Callao, que se encontraba bloqueado por largo tiempo. Acto seguido, San Martín ocupó Lima sin oposición. Arenales inició su repliegue hacia la costa e ingresó a la capital el 28 de julio, el mismo día en que el General en Jefe

---

3 José Arenales teniente coronel graduado de artillería e ingeniero encargado del Departamento topográfico de Buenos Aires. Imprenta de la Gazeta Mercantil. Buenos Aires,1832.

4 El coronel José Manuel Borgoño, fue comandante general de artillería en el Ejército Libertador del Perú. Los ascensos, honores y empleos que obtuvo prueban que trabajó por la independencia del Perú con tanto ardor como por la de su país. El 20 de abril de 1820 fue nombrado teniente coronel efectivo y el 1º de agosto del mismo año coronel graduado de artillería. El 10 de julio de 1821, los patriotas tomaron posesión de la capital del Virreinato y Borgoño entró al frente de la división chilena. Fue nombrado Gobernador político de Lima. Le correspondió remitir a su patria las banderas capturadas por los realistas en la batalla de Rancagua (Chile,1814) que el virrey Abascal había colocado como trofeos en el templo de Santo Domingo. Fue además presidente de la Junta de Secuestros y Contribuciones. Miguel Luis Amunategui. Ensayos Biográficos, Imprenta Nacional, Santiago de Chile, 1893, p. 70.

proclamaba la independencia del Perú. Desde el inicio de la marcha hasta el inicio del descenso hacia la zona costera, la división Arenales perdió aproximadamente 2,000 hombres que abandonaron su puesto y regresaron a sus hogares en las localidades serranas, desilusionados por el regreso a Lima. Los patriotas iniciaron un periodo de inmovilismo, mientras las fuerzas realistas se fortalecían en la sierra. El ejército patriota continuó en un estado pasivo, generándose tensión entre sus mandos. Había tirantez entre San Martín y Cochrane, así como críticas de altos oficiales contra el General en Jefe por la situación del ejército. Además, la falta de armonía entre las tropas chilenas y rioplatenses, la hostilidad de los asesores de San Martín hacia los oficiales chilenos y la falta de influencia de estos, hacían más crítica la situación.

La División del Sur y nuevos enfrentamientos (1822)

En el bando patriota, una expedición denominada División del Sur, al mando del general Tristán, fue enviada por San Martín a fines de enero a la zona de Ica, con el propósito de avivar la insurrección en las comunidades locales, además de bloquear el acceso de los realistas hacia la costa. Era una fuerza de 1,100 efectivos, entre los que se encontraba el batallón N.º 2 de Chile. El virrey La Serna, por su parte, organizó una división de 1,400 efectivos al mando del general Canterac, provenientes de Huancayo y Jauja, a los que sumó una unidad de 600 jinetes de caballería que se trasladó desde Arequipa hacia el norte. Con el objeto de confundir al enemigo, la fuerza principal cruzó la cordillera por varios pasos, logrando posicionarse en Guaytara, Córdova y San Juan para confluir sobre Ica.

El 4 de abril, los patriotas decidieron retirarse hacia el norte por no estar en condiciones de enfrentar fuerzas superiores. Para el día seis, recibieron nuevas informaciones más precisas que les indicaron estar frente a un enemigo que superaba los 4,000 efectivos. Al día siguiente, Canterac, al ver que la División del Sur se trasladaba por un camino encajonado, dispuso que fuera hostilizada por unidades de infantería, mientras se le cerraba el paso con la caballería. El batallón N.º 2 de Chile encabezaba la marcha y sufrió las peores consecuencias. Su comandante, el coronel José Santiago Aldunate, organizó la resistencia, pero no logró contener el ataque realista. El cuerpo se dispersó y sufrió numerosas bajas, tras lo cual el resto de la división inició la fuga en todas direcciones, perseguidos por la caballería realista.

Esta campaña tuvo un importante efecto en la opinión pública, que percibió una mayor capacidad de los realistas. La pérdida de uno de sus batallones, que

además debió contribuir con buena parte de sus sobrevivientes para llenar vacantes en otros cuerpos, como se había hecho costumbre con las unidades chilenas, aumentó la desmoralización de la tropa. A pesar de los continuos movimientos de soldados chilenos hacia unidades de otras nacionalidades, la división de Chile intentaba mantener cierta fisonomía e identidad, y, en junio de 1822, mantenía una fuerza total de 2,060 efectivos, distribuidos de la siguiente forma: artillería: 300 hombres, batallón N.º 2: 134 hombres, batallón N.º 4: 844 hombres, batallón N.º 5: 782 hombres.[5]

La conferencia de Guayaquil entre Bolívar y San Martín a fines de julio de 1822 significó un cambio importante en el devenir de la guerra. En septiembre, San Martín decidió renunciar a su cargo de Comandante en Jefe[6]. A pesar de todo, los cuerpos chilenos continuaron cumpliendo con su misión. De hecho, a inicios de octubre se embarcaron en el Callao como parte del Ejército Expedicionario a Intermedios, bajo el mando del general Rudecindo Alvarado. A finales de 1822, tras una larga y compleja travesía debido a condiciones climáticas adversas para la navegación, se logró el desembarco del ejército en Arica, en mal estado y sin capacidad para iniciar acciones en el corto plazo[7]. Las restantes unidades chilenas y la plana mayor de la artillería quedaron en el Callao, mientras que el batallón N.º 2 fue embarcado fuera de la dotación del Ejército Expedicionario, con el propósito de desembarcarlo en Iquique para su posterior traslado a Tarapacá.

---

5 El coronel Gamarra, Jefe de Estado Mayor del general Tristán, relató vívidamente el choque entre las fuerzas. "A la luz de la descarga, descubrí la presencia del escuadrón de Húsares de Fernando VII que nos enfrentaba. Las compañías se desorganizaron con la carga de caballería i se apoyaron en el batallón número 2 de Chile que empezaba a sufrir la dislocación que precede a la derrota. Sin embargo, el coronel Aldunate organizó la resistencia i afrontó los fuegos del Imperial Alejandro por un costado i de los Dragones de la Unión, mandados por el teniente coronel don Ramón Gómez de Bedoya, que cargó furiosamente sobre el centro del batallón. Aldunate cayó herido; el batallón se dispersó i la división entera se entregó a la fuga. Desde ese momento no tuvo Canterac más trabajo que la persecución i la matanza. El resultado fue decisivo. Tomó mil soldados prisioneros, más cincuenta oficiales, la comisaría, los bagajes, las armas, el estandarte del batallón número 2 de Chile i tres mil fusiles que debían ser para su causa un auxilio precioso." (sic) Gonzalo Bulnes, La Expedición Libertadora del Perú (1817-1822), Rafael Rover editor, Santiago de Chile, 1887, p.254.

6 Los tópicos de la conversación fueron la forma en que Colombia prestaría sus auxilios al Perú, la suerte de Guayaquil y la cuestión de la forma de gobierno del Perú. "Los resultados de nuestra entrevista", le escribía a Bolívar, con fecha 29 de agosto de 1822, "no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra; desgraciadamente estoy firmemente convencido, o que usted no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando o que mi persona le es embarazosa." El tema de Guayaquil ya había sido zanjado y la idea de San Martín sobre un gobierno con un príncipe europeo fue rechazada por Bolívar. (Bulnes, 1887, pág. 459).

7 El jefe de Estado Mayor, era el coronel chileno don Francisco Antonio Pinto, el general en jefe de la división chilena, el mariscal de campo don Luis de la Cruz y el jefe de estado mayor de la misma, el coronel don José Santiago Sánchez.

A este número se agregó en noviembre del mismo año el refuerzo de 400 hombres que envió O'Higgins a consecuencia de las gestiones de Cavero y Salazar, lo que hacía un total de 2,500 chilenos aproximadamente. El batallón número 2 estaba escaso de fuerza porque había sido destruido en Ica por el ejército español en abril de 1822. Seis meses después no se le había reorganizado, y ni siquiera conservaba la fuerza con que lo dejó la derrota, porque se le extrajeron sus soldados para reforzar la montonera de Aldao; el batallón número 2 del Perú, y un cuerpo de caballería también del ejército del Perú que se organizó en Trujillo. El número 4 fue disuelto para formar con su tropa el de Cazadores del Perú, engrosar los Húsares que se distinguieron en Junín, y llenar las vacantes del regimiento de Granaderos de los Andes. En cambio, de los soldados chilenos que perdió, se le dieron negros, la mayor parte antiguos esclavos. El número 5 y la artillería perdieron también sus soldados que fueron repartidos en los cuerpos argentinos y peruanos y en la marinería de la escuadra. Al regimiento de Dragones que fue de Chile en noviembre de 1822, se le quitaron cien hombres a su llegada al Perú, para incorporarlos en los cuerpos de este país, halagándolos con la expectativa de mejores sueldos. El coronel Borgoño, que era entonces jefe de Estado Mayor del Ejército del centro, impresionado con lo que ocurría, "no encontró otro medio de evitar la disolución del cuerpo que encerrarlo entre murallas en las fortalezas del Callao" (Bulnes, 1897, pág. 45):

> Los cuerpos de caballería del Perú se componían casi únicamente de chilenos. Como el chileno es un gran jinete por su género de vida sus costumbres, se le buscaba con empeño para formar la caballería peruana y para llenar las bajas del regimiento de Granaderos. Cuando los reclamos del jefe de las fuerzas chilenas hicieron imposible que se siguieran cambiando los soldados, el gobierno del Perú quiso contratar en Chile hombres para su caballería, pero no como auxiliares, con la escarapela i bandera del país a que pertenecían, sino siguiendo el antiguo sistema, cambiándolos por peruanos, para que los chilenos se batiesen para él y para el lustre de su bandera. El ministro Larrea i Loredo recibió un encargo en este sentido (Bulnes, 1897, pág. 460)

La campaña del Desaguadero y el regreso a Chile (1823)

En 1823, al iniciarse el año, la división al mando del general Martínez se encontraba en Tacna, mientras que las fuerzas del general realista Valdés ocupaban posiciones en Sama, ambos ignorantes de la magnitud y capacidad del enemigo que se les aproximaba. Días después, tras reunir todas las fuerzas patriotas en Tacna, el general

Alvarado continuó hacia el norte, siguiendo un itinerario que lo llevó directamente hacia el grueso del adversario. El 18 de enero, el general Alvarado reinició la marcha hacia Puno y, al día siguiente, se produjeron los primeros enfrentamientos entre tropas de avanzada, lo que llevó a ambos ejércitos a ocupar un dispositivo defensivo en las cercanías de Torata. Casi dos horas de lucha dejaron importantes bajas entre los patriotas, que se estiman en 400 soldados y 20 oficiales, la mayoría integrantes de los batallones chilenos. A pesar de ello, pudieron desprenderse y retirarse hacia Moquegua. El desgaste de la tropa y las bajas opciones de sostener un nuevo ataque llevaron a la decisión de una evacuación hacia Ilo para reembarcar. (Academia de Historia Militar de Chile, 2020)

Estando todavía en Moquegua, las fuerzas del general Canterac atacaron a los patriotas. El combate fue un desastre. Los vencidos debieron evadirse entre las avanzadas enemigas y comenzaron desordenadamente a dirigirse hacia la costa. El batallón de infantería N.º 4 de Chile recuerda en su himno los combates en que participó en tierra peruana, tales como: el combate de Cerro de Pasco (6 de diciembre de 1820), el combate de Mirave (22 de mayo de 1821), el sitio de el Callao (10 de junio de 1821), el combate de Ica (7 de abril de 1822), el combate de Locumba (14 de enero de 1823), el combate de Torata (19 de enero de 1823) y el combate de Moquegua (21 de enero de 1823).

El jefe de Estado Mayor del Ejército Unido, coronel Francisco Antonio Pinto informó en detalle de lo ocurrido en un parte fechado en Bellavista de fecha 23 de febrero de 1823. En resumen, señalaba, que en un contexto de adversidades y enfrentamientos con el ejército enemigo las tropas, bajo el mando del general en jefe, enfrentaban un clima insalubre en Arica y escasez de forraje, lo que llevó a la decisión de trasladarse hacia Moquegua para enfrentarse al enemigo. Tras varias dificultades logísticas, incluida la necesidad de transportar víveres a lomo de mula, el ejército se movió hacia el interior. A medida que se acercaban, el enemigo, al conocer los movimientos, comenzó a retirarse rápidamente.

El 17 de enero, el ejército chileno alcanzó a las fuerzas de Valdés en Torata. Se produjo un fuerte tiroteo, y aunque las tropas lograron desalojar al enemigo de varias posiciones, la llegada de refuerzos liderados por el general Canterac las obligó a retirarse. La batalla resultó con numerosas bajas para ambos lados, con el ejército unido sufriendo alrededor de 400 bajas. Debido a la falta de municiones y el elevado número de heridos, se decidió una retirada hacia el puerto de Ilo. Esta retirada se llevó a cabo con lentitud y dificultad, dada la cantidad de heridos.

Al llegar a Moquegua, el ejército se reorganizó y ocupó una posición defensiva. Sin embargo, el enemigo pronto comenzó a atacar. A pesar de los esfuerzos de defensa, la falta de municiones y la presión del enemigo, llevaron a la necesidad de cambiar de posición nuevamente. Las tropas intentaron resistir el ataque enemigo, pero ante la superioridad numérica y la falta de recursos, finalmente se dieron por vencidas y retrocedieron hacia el puerto de Ilo. Durante esta retirada, se produjeron varios encuentros, pero el enemigo no persiguió con fuerza. A pesar de las adversidades, el parte de Pinto destacaba el valor y la distinción de varios oficiales y soldados chilenos que se comportaron heroicamente durante las acciones entre ellos el coronel don José Santiago Sánchez por su liderazgo y el desempeño del batallón bajo su mando en las acciones contra el enemigo y el teniente coronel don Pedro José Reyes por su valentía y compromiso[8].

Después de tantos contratiempos, el ejército chileno quedó reducido a 1,146 plazas, considerando la disminución de 200 enfermos y los Dragones, que no concurrieron a la campaña del sur. La pérdida efectiva que sufrió en ella fue de 687 hombres (muertos 230, heridos 133, prisioneros 203, dispersos181). Entre los muertos se contaba el sargento mayor don José Méndez Llano; entre los prisioneros, al teniente coronel don Ambrosio Acosta y el ayudante mayor don José Francisco Gana (Bulnes, 1897).

En enero de 1823, O'Higgins abdicó y asumió como Director Supremo el general Ramón Freire. Chile y Perú acordaron un Tratado de Auxilio, que en el plano militar consideraba el envío de una nueva expedición, esta vez de 2,500 a 3,000 efectivos. A pesar de todo, Chile seguía apoyando la independencia del Perú, aunque la reunión de los medios comprometidos tardaría unos meses, principalmente por la escasez de recursos y problemas internos. Esta fuerza se concentraría en Coquimbo.

En mayo, llegó a Lima el general Antonio José Sucre, jefe de las fuerzas auxiliares de Colombia, ministro plenipotenciario ante el gobierno de Perú y agente del general Simón Bolívar ante Chile y las Provincias Unidas en materia militar. Pocos días después se inició el zarpe de una nueva expedición a los puertos intermedios, al mando del general Andrés de Santa Cruz, conformada por 4,290 infantes, 673 jinetes y 133 artilleros. El presidente Riva Agüero pretendía recuperar en parte la libertad de acción perdida tras la incursión del general Alvarado, introduciendo un nuevo apremio al enemigo en la zona sur, lejos de Lima.

8 El parte de batalla completo puede encontrase en Gonzalo Bulnes, op. cit.,p.48-52.

A fines de ese mes, el enemigo, enterado de los movimientos militares efectuados por los patriotas, inició un nuevo traslado desde la sierra a la capital, con una importante fuerza al mando del general Canterac. El plan general quedó establecido según los siguientes lineamientos: el "Ejército Expedicionario", a órdenes de Santa Cruz, haría rumbo al sur para invadir esa región, no debiendo internarse en el país, al comienzo, sino permanecer "constantemente a la mira de su retirada al mar", como decían sus instrucciones, debía ser reforzado por la división auxiliar de Chile que se encontraba en Coquimbo, siéndole permitido avanzar al interior, con prudencia, sólo cuando sus efectivos fueran bastante numerosos para batir a los agrupamientos realistas; con el fin de obtener la superioridad de fuerzas debía esperar que el adversario se disgregara atraído hacia los extremos de su dispositivo por los ataques de las fuerzas patriotas concurrentes (Dellepiane, 1977).

La captura de Lima por los realistas. (1823)

Ante la confirmación de la llegada del ejército realista hacia la capital, el 12 de junio se resolvió la evacuación de Lima hacia el Callao. Sucre asumió el mando en jefe de las tropas patriotas, reunidas en lo que se denominó como Ejército Unido. Una de las decisiones que adoptó fue marchar hacia el sur, al mando de una fuerza que incluía lo que quedaba de la División chilena. El detalle de estas fuerzas al 21 de mayo de 1823 era el siguiente:

> Artillería 254 hombres, compañía volante de artillería 81, batallón N° 2: 82 hombres, Nº4: 331, Nº5: 92 hombres, Primer escuadrón de Dragones 118 hombres, Segundo escuadrón de Dragones 96 hombres. Total, 1,064 hombres. Habiéndose embarcado con Sucre solo 90 hombres de artillería, quedaron en el norte, entre los de esta arma y los de la compañía volante de la misma 246 hombres, los que, deducidos del total, dan a la columna expedicionaria la cifra de 809 hombres.[9]

El 18 de junio, Canterac se situó frente a Lima, aproximándose por el sector de Lurín y exigió a las autoridades limeñas que le entregaran una serie de recursos, que fueron entregados. Estando en el sitio de la ciudad, que duró un mes, se enteró de la intención patriota de llevar la guerra al sur y de la magnitud de la fuerza que había conducido Santa Cruz, y resolvió enviar al general Valdés de regreso hacia el Cuzco con aproximadamente 2,500 efectivos, para apoyar al virrey en la contención de incursiones enemigas hacia la sierra o el Alto Perú.

9 Parte oficial de la división chilena del 21 de mayo de 1823, p.231.

El 7 de junio, la escuadra patriota batió a la fuerza costera realista que guarnecía Arica, para luego desembarcar algunos medios que le permitieron obtener recursos para la expedición terrestre, especialmente ganado caballar y mular. El 4 de julio había zarpado desde el Callao otra expedición bajo el mando del general Miller. Santa Cruz, que ya se encontraba en la zona, dividió su ejército en dos cuerpos: uno al mando del general Gamarra, que desembarcó en Arica, desde donde se internó hacia Tacna, Tacora y Viacha; el otro, bajo su mando directo, desembarcó en Ilo, para desde ahí ascender hacia La Paz, donde arribó el 8 de agosto.

Simultáneamente, desde el sur, una división realista al mando del general Pedro Antonio Olañeta, al percatarse de la presencia de la división de Gamarra en las cercanías del río Desaguadero, se retiró primero hacia Oruro, y después hacia una posición más al sur. Frente al nuevo escenario, el virrey dispuso la aproximación de cuerpos realistas hacia Puno. Los primeros de ellos llegaron al sector del Desaguadero el 23 de agosto, misma fecha en que llegaba Santa Cruz, haciéndolos retroceder hasta Zepita. Alejándose completamente del área, Santa Cruz se dirigió hacia Oruro a reunirse con la unidad de Gamarra, donde arribó el 8 de septiembre.

A esa fecha, el virrey ya había cruzado el Desaguadero hacia el sur, al mando de 4,000 hombres de las tres armas, y optó por seguir hacia el sur en busca del general Olañeta, incrementando así sus fuerzas, que ahora alcanzaban unos 6,000 hombres. Santa Cruz resolvió retirarse hacia la costa en busca de la división del general Sucre —de la que tanto se había esforzado por mantenerse alejado—, que ya se encontraba en la región de Arequipa. Sucre, por su parte, había zarpado de el Callao el 20 de julio, incluyendo entre sus medios a la División chilena.

El 1 de septiembre tomó posesión de Arequipa sin resistencia y el 24 emprendió la marcha hacia Puno; pero luego regresó a Arequipa, donde permaneció hasta el 8 de octubre. En este ambiente, la población local reavivó su fidelidad al rey de España. Seguidamente, Sucre reembarcó a su infantería y artillería, dirigiéndose hacia el Callao. Este desplazamiento fue protegido por la caballería chilena y peruana, que lograron contener los embates de fuerzas realistas superiores enviadas por el virrey sobre Arequipa, empeñándose en una sucesión de combates que al escuadrón Dragones le costaron más de veinte bajas y la captura de su comandante, quien moriría en prisión.

La caballería regresó por tierra hacia Lima al mando del general Miller. Aunque Miller había conducido sus tropas en buen orden de marcha, era importante

engañar a Canterac, cuya vanguardia entró en el valle de Caravelí al tiempo que Miller salía del pueblo en la tarde del 23 de octubre. El general Miller relata, en sus memorias, vívidamente algunos detalles:

> La infantería patriota había marchado en la mañana; la caballería subió durante una hora por una montaña escabrosa hasta dos horas después de puesto el sol; entonces hizo alto la división, encendieron hogueras y la gente sufriendo infinito por el excesivo frío que hacía, durmió entre unas rocas y brezos hasta medianoche, luego continuó su marcha y llegó a Sóndor el día 24. La tropa estaba tan arrecida de frío que encendieron hogueras con mucha dificultad y se pasó bastante. El teniente coronel don Isidoro Suárez y varios soldados que se sacaron las botas no pudieron ponérselas nuevamente en muchas horas, por lo mucho que se les habían hinchado los pies. (Miller, 2021, pág. 68)

Las unidades de Santa Cruz se desbandaron y, tras reunir solo 800 hombres, alcanzaron Moquegua a principios de octubre. Perdió muchos soldados en el camino y muchos de ellos se unieron al bando realista. Simón Bolívar, ya en Perú, se dedicó a aunar voluntades y a reunir los medios que fuera posible para futuras operaciones. Envió un emisario a Chile con la misión de insistir en los refuerzos pedidos en los momentos en que Santa Cruz y Sucre iniciaban sus respectivas expediciones sobre el sur peruano. (Academia de Historia Militar de Chile, 2020)

Una vez más, Chile se mostró dispuesto a contribuir a la causa, dándole sentido a la alianza de este país con Perú y Colombia, que había sido planteada meses antes. Esta vez se logró conformar una fuerza de 1,600 hombres, al mando del coronel José María Benavente. Sus unidades eran los batallones de infantería N.º 7 (554 hombres) y N.º 8 (509 hombres), junto al regimiento Cazadores a Caballo (403 hombres), refuerzos de Valparaíso (233 hombres), refuerzos de Coquimbo (300 hombres). En total se trataba de 1,999 efectivos.

Benavente conforme instrucciones del gobierno chileno debía ponerse a las órdenes del general Francisco Antonio Pinto[10], quien tendría que reunir en una sola

10 El coronel Pinto había combatido en la campaña del Alto Perú al mando del general Belgrano como jefe del batallón número 10. Las disensiones que, en 1820 dividieron al ejército argentino a consecuencia de la política federal, obligaron al comandante Pinto en ese tiempo a volver a Chile. O'Higgins lo envió al Perú a ponerse a las órdenes del general San Martín. Fue comandante del batallón número 5 de infantería de línea desde el 25 de junio de 1821. Luego fue Jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador del Perú a partir del 12 de febrero de 1822. Luego como segundo jefe del ejército chileno hizo las campañas de 1822 y 1823. Más tarde fue el general en jefe de la división auxiliar de Chile en el Perú desde 14 de octubre de 1823. Regresó al país en 1824 con el grado de General. Figueroa Pedro Pablo. (Álbum Militar de Chile, Imprenta Barcelona, Santiago de Chile,1899, p.18).

unidad a todas las tropas chilenas que seguían siendo parte del Ejército Libertador del Perú. La nueva expedición zarpó de Valparaíso el 15 de octubre, uniéndose pocos días después a una nave que, desde Coquimbo, transportaba reemplazos para los cuerpos destacados en Perú. El convoy arribó a Arica el 26 de octubre, donde se enteraron del fracaso de la campaña de Santa Cruz y que en Arequipa había una división realista de 5,000 efectivos. Todo era confusión y la presencia de Santa Cruz en Arica, después de su retirada del altiplano, contribuyó más a esta situación. Benavente avisó al coronel Pinto tanto de su ubicación como de las instrucciones que portaba. La división fue reembarcada y se sumó al convoy que se dirigía al norte con Santa Cruz y los suyos.

Se cruzaron el 20 de noviembre en el mar con la nave que transportaba al general Pinto hacia Cobija, puerto al cual Sucre había enviado a los cuerpos chilenos con el propósito de hostilizar al enemigo desde el sur y obtener sus recursos en esa zona. El coronel Pinto dio la orden de volver atrás con las tropas chilenas. Inicialmente, el convoy se dirigió hacia Cobija, que no tenía las capacidades para recibir a las tropas, por lo que el general resolvió seguir hasta Coquimbo, enviando un buque a Valparaíso para informar.

Terminaba este año con el arribo de las naves a puertos chilenos a partir del 19 de diciembre. Los acontecimientos marcarían un nuevo rumbo a las decisiones sobre el empleo del ejército, debiendo priorizarse la conquista de Chiloé. Aún quedaban chilenos luchando en Perú, la artillería, soldados y oficiales que estaban destinados a unidades de otras nacionalidades. Solo una séptima parte del ejército original había regresado, después del ya lejano 20 de agosto de 1820, cuando habían partido de Valparaíso.

Un documento fechado en Santiago el 26 de noviembre de 1823 del ministro Juan Salazar por encargo de Bolívar explicaba la retirada de la división chilena:

> Con fecha 1 del corriente mes dice el Secretario General de S. E. el Libertador, que había llegado al Callao parte de la división del general Santa Cruz, y que las restantes tropas del mando de este probablemente desocuparían la costa de Intermedios. Así S. E. ha mandado que retroceda al sur la expedición chilena con órdenes al general Pinto, que debe encargarse de ella, de seguir hasta acá, para pedir á este gobierno mayor número de tropas, bagajes, caballos, mulas y cuanto sea necesario para emprender una campaña con suceso por el sur del Perú S. E. el Libertador se ha visto precisado a tomar esta resolución por los motivos siguientes: 1. Porque reunidas en la capital

de Lima o en otros puntos inmediatos al sur o al norte tantas tropas, no hay con qué mantenerla; 2. Porque reunidas las tropas chilenas, argentinas, colombianas y peruanas en aquella capital y en sus inmediaciones, es imponible moverlas por la falta absoluta de caballos y de mulas y 3. Porque S. E. está bien persuadido que las operaciones del sur del Perú ejecutadas por tropas chilenas, equipadas, provistas, dirigidas inmediatamente por este gobierno, y auxiliadas oportunamente por el mismo, serían tan útiles como ventajosas. Mientras tanto el Libertador con las tropas de Colombia, la Plata y el Perú, defenderá el norte y lo hace el teatro de las operaciones, dirigiendo la guerra en persona y haciendo venir de Colombia cuanto sea posible para hacerla con buen suceso. De otro modo no cree S. E. que pueda obtenerse ninguna ventaja ni ningún resultado dichoso, porque reunidas sobre la Costa todas las tropas aliadas, perecerán de hambre y de fiebre, no habiendo medios de subsistencia ni de movilidad para un ejército numeroso. Carta del ministro plenipotenciario de Colombia Don Juan Salazar en (Bulnes, 1897, pág. 306)

El coronel chileno Francisco Antonio Pinto envió al coronel José Santiago Sánchez a Lima en busca del remanente de las fuerzas chilenas de la expedición libertadora. A solicitud de la autoridad peruana, la artillería chilena, compuesta por 100 hombres que se encontraba en el Callao permaneció ahí. El Congreso del Perú en nota del 13 de diciembre de 1823 expresó lo siguiente:

> Enterado el soberano Congreso de la nota de vuestra Señoría sobre las indicaciones hechas por el coronel del Ejército Expedicionario de Chile, don José. Sánchez ha resuelto que se den las más expresivas gracias al Gobierno de Chile y al expresado coronel por su generoso allanamiento a dejar la artillería en servicio a esta República. (Fuentes, 2023, pág. 47)

1824

La situación del ejército en la costa central se mantenía tensa, por las derrotas sufridas y por las dificultades de abastecimientos. La moral de las tropas era muy baja. En ese contexto, la guarnición de el Callao —con el regimiento Río de la Plata y parte de la artillería de Chile— que estaba bajo el mando del general Rudecindo Alvarado, se insubordinó por sueldos impagos el 5 de febrero. Hubo saqueos y se entregó la plaza a las autoridades realistas. Previamente, habían sometido por la fuerza a las demás tropas acantonadas en el puerto –siendo una de ellas la brigada de artillería chilena— desde donde algunos soldados lograron huir y dar aviso a

las autoridades, mientras que otras fuerzas fueron capturadas y fusiladas. Parte del regimiento Granaderos se unió a los insurrectos.

El 10 de febrero se confirió al general Simón Bolívar la autoridad política y militar de la República, disponiendo los medios necesarios para facilitar su acción. Este resolvió dar Lima por perdida y concentrar todos los medios disponibles en el norte, en la zona general de Huaraz, donde podría acceder a recursos y a vías expeditas hacia la costa o hacia la sierra central y sur. El 27 de febrero las tropas patriotas abandonaron la capital peruana. Así, el general Juan Antonio Monet ingresó a Lima desde el Callao y no encontró oposición. Diversas autoridades políticas se adhirieron al bando realista, entre ellas Bernardo de Torre Tagle, así como los cuerpos peruanos de Lanceros y de la Guardia, que tras apresar a los oficiales patriotas volvieron a la capital.

El 29 de febrero ingresó a el Callao una división realista, consolidando el control del puerto y sus fortalezas, lo que mantendría por casi un año y sería el último reducto peruano en ser recuperado por las armas. Entre las unidades patriotas que se encontraban en las cercanías, una pequeña tropa chilena se mantenía en Bellavista al mando del coronel José Santiago Aldunate, la que se retiró hacia Lima y se reunió con las demás fuerzas que guarnecían la capital. El jefe de la artillería chilena presente en el sitio era el coronel graduado Juan Nepomuceno Morla y, en el parte enviado el 17 de junio al gobierno de Chile, informa:

> Señor Excmo. todo el cuerpo ha sido presa de estas aves de rapiña, entregándonos prisioneros en manos de nuestros enemigos y depositándonos a todos en casamatas, a excepción del mayor Fuentes y el teniente primero Delzo y el de igual clase segundo Barrios, quienes se hallaban felizmente el día del suceso con mi permiso en Lima[11]. (Bulnes, 1897, pág. 442)

Tanto en Perú, como en Chile y Buenos Aires, existía desconfianza en Bolívar, al que acusaban de privilegiar la acción del ejército colombiano, en desmedro de

---

11 Resultaron prisioneros en la fortaleza los siguientes chilenos teniente coronel Esteban Páez (Nº5 de Chile), coronel Nepomuceno Morla, ayudante Manuel Pizarro, capitán Marcos Maturana, teniente 1º Vicente Laurena, Bernardo León, Francisco Orellana, Manuel Rojas, subtenientes José Luján, Manuel Gómez, Tadeo Silva, Vicente Beltrano y Juan Félix Vargas (Artillería de Chile);capitán Blas Mardones (Nº2 de Chile.) en relación de los individuos que resultaron prisioneros en las fortalezas del Callao a consecuencias de la traición del sargento Moyano, verificada en la noche del 5 de febrero de 1824. En José Hipólito Herrera. El Álbum de Ayacucho. Colección de los principales documentos de la guerra de la independencia del Perú y de los cantos de Victoria y poesías relativas a ella. Tipografía de Aurelio Alfaro, Lima, 1862, p.191.

> En Octubre (sic), Bolívar se fué a la costa creyendo poder volver antes que se empeñara la gran batalla que se preparaba, y O'Higgins le acompañó halagado con la misma expectativa. Este había hecho un enorme viaje sin resultado; pero si no pudo concurrir al combate de Ayacucho, dió pruebas de que la fibra generosa de sus primeros años no se había debilitado. El Libertador lo atendió, pero no le dió papel activo. Se desprende del Diario de Thomas, (secretario) que no tuvo en los campamentos el lugar correspondiente a sus servicios y a la importancia de los cargos que había desempeñado. La sombra de la injusticia de la patria perseguía al héroe en el destierro, sin que él se afectara ni renunciara al generoso ideal de su vida que le había hecho emprender, a pesar de estar enfermo, uno de los viajes más difíciles del mundo. (Bulnes, 1897, pág. 532)

Bolívar ordenó que en la zona costera se reunieran todas las fuerzas disponibles para sitiar el Callao. El mal tiempo en la sierra postergó las operaciones en el corto plazo. Bajo estas condiciones, se dirigió hacia la costa, delegando el mando militar en Sucre, quien se mantuvo en la sierra con las tropas. El virrey La Serna aprovechó la pérdida de contacto para reconcentrar su ejército y lo adelantó hacia el noroeste del Cuzco, llegando al río Apurímac, que dividía los territorios de ambas fuerzas. Organizó tres divisiones de infantería, una de caballería, más la artillería, asumiendo el mando en jefe de los 9,300 hombres que lo integraban.

Una división le fue conferida al experimentado general Valdés, dotándola de cuatro batallones de infantería. El general Monet recibió el mando de otra división, conformada por cinco batallones, al igual que el general José Carratalá, a quien también se le asignaron cinco batallones. La caballería, por su parte, fue puesta bajo el mando del brigadier Valentín Ferraz, contando con dos brigadas de esa arma. Finalmente, once piezas conformaban el cuerpo de artillería, cuyo mando recayó en el coronel Fernando Cacho.[13]

La batalla de Ayacucho 9 de diciembre de 1924

El 25 de octubre, las tropas realistas iniciaron el cruce del río Apurímac, sin ser advertidas por los patriotas desplegados en la zona de Agcha. De ahí trataron de situarse a su espalda, y aislarlo de sus bases de apoyo y del acceso hacia la costa. Sucre dispuso el traslado de su ejército hacia el norte, iniciando una marcha

13 Academia de Historia Militar de Chile, "El Ejército Libertador del Perú, de la gloria al olvido". Cuaderno para el Estudio de la Historia Militar Nº4, Santiago agosto de 2020.

prácticamente paralela. El 19 de noviembre, las tropas de La Serna llegaron a la localidad de Huamanga —que pasó a llamarse Ayacucho después de la batalla—, sin lograr que el enemigo reaccionara. Frente a ello, el virrey decidió retroceder varias jornadas, y luego regresó hacia el norte fomentando desgaste y deserciones. De hecho, de los 9,300 hombres que partieron a fines de octubre, solo 6,900 llegaron a la batalla final.

A partir del 1 de diciembre, ambos ejércitos marcharon en paralelo hacia Huamanga, donde se enfrentarían el 9 de ese mes. En la ocasión, el virrey se adelantó a ocupar la altura dominante, llamada cerro Condorcunca. El 8 de diciembre, los realistas ocupaban las alturas; por su parte, los patriotas estaban desplegados en las cercanías, dispositivo que contemplaba una división peruana de cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, al mando del general La Mar; una división colombiana de cuatro batallones de infantería, al mando del general Córdova; y una división de reserva al mando del general Juan Jacinto Lara, de tres batallones de infantería colombianos, más dos escuadrones y un pelotón de caballería, al mando del general Miller. Se agregaba solo una pieza de artillería, sumando en total 5,780 efectivos.

Aproximadamente a las 10 de la mañana del 9 de diciembre, la división del general Valdés inició el ataque, haciendo retroceder a las unidades patriotas. La división González Villalobos protegía su avance. Ante el revés de la división La Mar, Sucre ordenó que fuera reforzada con dos batallones segregados de la reserva, sumando en esa acción a la caballería asignada a esa unidad, lo que logró contener parcialmente la penetración del dispositivo. En tanto, la división Monet atacó sin resultados. El virrey empleó su reserva, la que no logró quebrar el frente defendido por la división Córdova. Una carga de la caballería realista, también, fue contenida por las lanzas de los patriotas, sumando esta vez un intenso fuego de fusilería. Más aún, la división atacada cambió de actitud y, apoyada por la caballería de la reserva, avanzó contra el adversario, capturando su artillería y al virrey, sorprendido en el campo y herido. Con este hecho, se ordenó la retirada, la cual fue desordenada y sin control.

Por otro lado, en el sector izquierdo del dispositivo, la división La Mar también logró poner al enemigo en retirada, con el valioso apoyo de sus escuadrones de caballería, destacándose el de Húsares, en el cual combatió un centenar de chilenos, que atacaron el flanco de la infantería realista, mientras la infantería patriota incrementaba la presión sobre el frente. La única pieza de artillería de los patriotas con sus 25 hombres que la servían había sido ubicada en el campo

> En Octubre (sic), Bolívar se fué a la costa creyendo poder volver antes que se empeñara la gran batalla que se preparaba, y O'Higgins le acompañó halagado con la misma expectativa. Este había hecho un enorme viaje sin resultado; pero si no pudo concurrir al combate de Ayacucho, dió pruebas de que la fibra generosa de sus primeros años no se había debilitado. El Libertador lo atendió, pero no le dió papel activo. Se desprende del Diario de Thomas, (secretario) que no tuvo en los campamentos el lugar correspondiente a sus servicios y a la importancia de los cargos que había desempeñado. La sombra de la injusticia de la patria perseguía al héroe en el destierro, sin que él se afectara ni renunciara al generoso ideal de su vida que le había hecho emprender, a pesar de estar enfermo, uno de los viajes más difíciles del mundo. (Bulnes, 1897, pág. 532)

Bolívar ordenó que en la zona costera se reunieran todas las fuerzas disponibles para sitiar el Callao. El mal tiempo en la sierra postergó las operaciones en el corto plazo. Bajo estas condiciones, se dirigió hacia la costa, delegando el mando militar en Sucre, quien se mantuvo en la sierra con las tropas. El virrey La Serna aprovechó la pérdida de contacto para reconcentrar su ejército y lo adelantó hacia el noroeste del Cuzco, llegando al río Apurímac, que dividía los territorios de ambas fuerzas. Organizó tres divisiones de infantería, una de caballería, más la artillería, asumiendo el mando en jefe de los 9,300 hombres que lo integraban.

Una división le fue conferida al experimentado general Valdés, dotándola de cuatro batallones de infantería. El general Monet recibió el mando de otra división, conformada por cinco batallones, al igual que el general José Carratalá, a quien también se le asignaron cinco batallones. La caballería, por su parte, fue puesta bajo el mando del brigadier Valentín Ferraz, contando con dos brigadas de esa arma. Finalmente, once piezas conformaban el cuerpo de artillería, cuyo mando recayó en el coronel Fernando Cacho.[13]

La batalla de Ayacucho 9 de diciembre de 1924

El 25 de octubre, las tropas realistas iniciaron el cruce del río Apurímac, sin ser advertidas por los patriotas desplegados en la zona de Agcha. De ahí trataron de situarse a su espalda, y aislarlo de sus bases de apoyo y del acceso hacia la costa. Sucre dispuso el traslado de su ejército hacia el norte, iniciando una marcha

13 Academia de Historia Militar de Chile, "El Ejército Libertador del Perú, de la gloria al olvido". Cuaderno para el Estudio de la Historia Militar Nº4, Santiago agosto de 2020.

prácticamente paralela. El 19 de noviembre, las tropas de La Serna llegaron a la localidad de Huamanga —que pasó a llamarse Ayacucho después de la batalla—, sin lograr que el enemigo reaccionara. Frente a ello, el virrey decidió retroceder varias jornadas, y luego regresó hacia el norte fomentando desgaste y deserciones. De hecho, de los 9,300 hombres que partieron a fines de octubre, solo 6,900 llegaron a la batalla final.

A partir del 1 de diciembre, ambos ejércitos marcharon en paralelo hacia Huamanga, donde se enfrentarían el 9 de ese mes. En la ocasión, el virrey se adelantó a ocupar la altura dominante, llamada cerro Condorcunca. El 8 de diciembre, los realistas ocupaban las alturas; por su parte, los patriotas estaban desplegados en las cercanías, dispositivo que contemplaba una división peruana de cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, al mando del general La Mar; una división colombiana de cuatro batallones de infantería, al mando del general Córdova; y una división de reserva al mando del general Juan Jacinto Lara, de tres batallones de infantería colombianos, más dos escuadrones y un pelotón de caballería, al mando del general Miller. Se agregaba solo una pieza de artillería, sumando en total 5,780 efectivos.

Aproximadamente a las 10 de la mañana del 9 de diciembre, la división del general Valdés inició el ataque, haciendo retroceder a las unidades patriotas. La división González Villalobos protegía su avance. Ante el revés de la división La Mar, Sucre ordenó que fuera reforzada con dos batallones segregados de la reserva, sumando en esa acción a la caballería asignada a esa unidad, lo que logró contener parcialmente la penetración del dispositivo. En tanto, la división Monet atacó sin resultados. El virrey empleó su reserva, la que no logró quebrar el frente defendido por la división Córdova. Una carga de la caballería realista, también, fue contenida por las lanzas de los patriotas, sumando esta vez un intenso fuego de fusilería. Más aún, la división atacada cambió de actitud y, apoyada por la caballería de la reserva, avanzó contra el adversario, capturando su artillería y al virrey, sorprendido en el campo y herido. Con este hecho, se ordenó la retirada, la cual fue desordenada y sin control.

Por otro lado, en el sector izquierdo del dispositivo, la división La Mar también logró poner al enemigo en retirada, con el valioso apoyo de sus escuadrones de caballería, destacándose el de Húsares, en el cual combatió un centenar de chilenos, que atacaron el flanco de la infantería realista, mientras la infantería patriota incrementaba la presión sobre el frente. La única pieza de artillería de los patriotas con sus 25 hombres que la servían había sido ubicada en el campo

de batalla en la primera línea, relata el coronel Carlos Cortés de Colombia, la que estaba al mando del sargento mayor chileno Manuel Fuentes según consta en el parte oficial del general Sucre. (Fuentes, 2023)

El decisivo encuentro no alcanzó a durar dos horas. El recuento de bajas arrojó 1,800 muertos, 700 heridos y más de 1,000 prisioneros realistas; mientras que en el bando patriota se contabilizaron 309 muertos y 670 heridos. De esta forma, el 9 de diciembre, la batalla de Ayacucho culminó con una victoria decisiva para las fuerzas patriotas. La captura del virrey La Serna marcó un punto de inflexión en la guerra. Con el virrey capturado, la imposición de las condiciones para el término de la guerra fue solo cuestión de tiempo. Semanas más tarde, el 21 de enero de 1825, capituló Callao, y Chiloé fue incorporado a la soberanía de Chile en 1826, completándose así definitivamente la independencia americana. Finalmente, el 10 de febrero —casi cuatro años y medio después del zarpe del Ejército Libertador del Perú desde Valparaíso—, fue restituido el Congreso en Lima, iniciando el camino definitivo hacia la instauración de la República del Perú.

La participación chilena en Ayacucho ha sido difícil de pesquisar. Entre los oficiales identificados se cuentan el sargento mayor doctor José María Guerrero (ayudante de Estado Mayor), teniente coronel graduado Manuel Fuentes, subtenientes Francisco Contreras y Juan Antonio Rivas (brigada de Artillería), ayudante mayor José María Riquelme, teniente 2º Toribio Morales (batallón Legión Peruana de la Guardia), capitán M.S. Salcedo, tenientes Manuel Silva, Manuel Carrera, y alféreces José Núñez y Juan Salcedo. Sgto. 2º Bartolomé Carreño (Húsares de Junín) y el teniente coronel Ramón González (batallón Nº2 del Perú). Los nombres en cursivas, fueron reconocidos especialmente por su bravura en combate por el general La Mar. También fue reconocido el teniente coronel Ramón González, chileno comandante del batallón Nº2 del Perú en el parte del general Sucre: "los batallones 2 y 3 del Perú con sus comandantes González y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra los bruscos ataques".

Conclusiones

La participación de Chile en las campañas por la independencia del Perú entre 1820 y 1824 fue un proceso complejo y decisivo que dejó una marca significativa en la historia de ambos países. A pesar de la notable disminución de su involucramiento en 1824, Chile desempeñó un papel fundamental en las etapas iniciales del conflicto, aportando tropas, recursos y liderazgo militar. Las expediciones libertadoras, lideradas por figuras destacadas como Bernardo O'Higgins y José de San Martín,

evidencian la intención de liberar a Perú del dominio español y promover la independencia en la región.

Sin embargo, diversos factores, como el cambio en las prioridades políticas y militares en Chile y el creciente grado de autonomía de los movimientos independentistas peruanos, llevaron a una reducción en la participación chilena en momentos clave de la guerra. A pesar de esta disminución, el legado de Chile en la lucha por la independencia peruana es innegable, dado que su apoyo inicial sentó las bases para la victoria final en la batalla de Ayacucho en 1824, un hito que marcó el fin de la dominación colonial española en Sudamérica.

La guerra de independencia fue más que una lucha militar; representó un proceso de construcción de identidades nacionales y relaciones intergubernamentales en un contexto de transformación. La colaboración entre los patriotas chilenos y peruanos, a pesar de las tensiones y desafíos, subraya la importancia de la solidaridad en la búsqueda de la libertad. Esta experiencia compartida sentó las bases para futuras interacciones entre Chile y Perú.

Referencias

Academia de Historia Militar de Chile (2020) *El Ejército Libertador del Perú, de la gloria al olvido*. Cuaderno para el estudio de la Historia militar Nº4, Santiago de Chile, Chile

Amunategui, M (1893) *Ensayos Biográficos*. Imprenta Nacional. Santiago de Chile, Chile

Arenales, J (1832) *Memoria histórica sobre las operaciones e incidencias de la división libertadora. A las órdenes del general don Juan Antonio Álvarez de Arenales. En su segunda campaña a la Sierra del Perú en 1821* Imprenta de la Gazeta Mercantil. Buenos Aires, Argentina

Barros Arana, D (1857). *Historia de General de la Independencia de Chile, vol. III*. El Ferrocarril. Santiago de Chile, Chile

Barros Arana, D (2005), *Historia de Chile, tomo XII*, Ed. Universitaria. Santiago de Chile, Chile

Bulnes, G (1887) *La Expedición Libertadora del Perú (1817-1822)* Rafael Rover editor. Santiago de Chile, Chile

Bulnes, G (1897). *Las Últimas Campañas de la Independencia del Perú 1823-1826*. Encuadernación Barcelona. Santiago de Chile. Chile

Castillo, Cortés y Fuentes (1996) *Diccionario Histórico y Biográfico de Chile*. Ed. Zigzag. Santiago de Chile, Chile

Dellepiane, C (1977). *Historia Militar del Perú Tomo I*. Colegio Militar Leoncio Prado. Lima, Perú

El Peruano, t. XI, N.º 18, 24 de febrero de 1844.

Figueroa, P (1899) *Álbum Militar de Chile*. Imprenta Barcelona. Santiago de Chile, Chile

Fuentes León, P (2023) *Manuel Fuentes, un desconocido prócer chileno de la independencia de América del Sur*. Spencer gráfica. Santiago de Chile, Chile

Herrera, J (1862), *El Álbum de Ayacucho. Colección de los principales documentos de la guerra de la independencia del Perú y de los cantos de Victoria y poesías relativas a ella*. Tipografía de Aurelio Alfaro. Lima, Perú

Miller, J (2021). *Memorias del general Miller al servicio del Perú*. Biblioteca Bicentenario. Lima, Perú

Mitre, Bartolomé (1937) *Historia de San Martin y de la emancipación sudamericana*. Talleres gráficos argentinos. Buenos Aires, Argentina

Paz Soldán, J (1921) *Cartas Históricas del Perú*. Segunda serie. Imprenta Gil. Lima, Perú

Vicuña, B (1860). *El Ostracismo de O´Higgins*. Imprenta el Mercurio. Valparaíso, Chile

Roberto Arancibia Clavel

- General de División, especialista en Estado Mayor
- Profesor de la Academia de Guerra de Chile en las asignaturas de Historia Militar, Estrategia, Geografía Militar y Geopolítica.
- Magíster en Ciencia Política por la Pontificia Universidad Católica de Chile
- Doctor en Historia de la misma Universidad.
- Miembro de la Academia de Historia Militar y del Instituto O'higginiano.
- Es autor, entre otras obras, de La Influencia del Ejército Chileno en América Latina 1900-1 950 (Santiago, CESIM, 2001), y de la edición y estudio preliminar de la obra del General Indalecio Téllez, Recuerdos Militares (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005).
- Se ha desempeñado como Director del Magíster en Historia Militar y Estrategia de la Academia de Guerra y como Presidente de la Corporación de Conservación y Difusión del Patrimonio Histórico y Militar.